

Eça de Queirós recreador de leyendas de santos

Jordi Cerda

El cultivo del género hagiográfico por parte de Eça de Queirós no tiene nada de «*mistério*» (Lins 1945: 135), sino que responde a una actitud estética bastante común en la segunda mitad del siglo XIX. La producción hagiográfica de nuestro escritor fue recogida póstumamente en el volumen incompleto *Dicionário de Milagres* y el también póstumo *Lendas de Santos*, donde se incluyen las leyendas de San Cristóbal, San Onofre y la inconclusa de San fray Gil. No consideramos perteneciente a este género, por tanto, algún cuento (como es el caso de *Fray Genebro*) porque no concurre explícitamente como santo, como tampoco lo hacemos con la *Correspondência de Fradique Mendes*, donde encontramos rasgos evidentes que nos aproximarían poderosamente al esquema hagiográfico. El propio Eça designó esta labor como *neo-flos-sanctorum*, es decir, un conjunto de leyendas integradas en un florilegio. La enfermedad y la premura de otras labores literarias relegaron este proyecto a un segundo término. Un proyecto que, según el biógrafo de Eça, Gaspar Simões, tal vez aparece en momentos de *impasse* del autor y evidencia cierto desgaste en el quehacer novelístico: *apenas se ocupara de 'neoflós-santorismo' enquanto outros temas lhe não apareciam* (Simões: 652-653). A pesar de esta consideración, es preciso tener presente que esta actividad no quedó del todo relegada sino que se concentró en la última etapa de su vida, sin duda la más fecunda y variada desde el punto de vista creativo.

Cuando se trata la faceta hagiográfica de Eça de Queirós, aparece como un resorte la cita extraída de una carta suya del 10 de mayo de 1884 dirigida a Oliveira Martins: *por proibidabe de artista, eu tenho uma ideia de me limitar a escrever contos para crianças e vidas dos grandes Santos* (cf. Cortesão 1970: 110). La búsqueda de unas «formas simples», tal y como las designó André Jolles (1972: 27-54), de unos esquemas de narración elementales y, al mismo tiempo, universales, parecía que debían aportar una orientación creativa a nuestro autor. La deserción de modelos narrativos contemporizadores y la inmersión en esquemas narrativos simples y de una solvencia contrastada en la tradición universal, parecía sosegar su ánimo

creador. Y recordemos que Eça no tan sólo se sumerge como escritor, sino que –y creemos que por encima de todo– como lector. También en su correspondencia hallamos confirmada su afición a los legendarios y a otras lecturas piadosas: *e à noite leio genealogias e agiologios* (Carta a E. Prado del 29-V-1892; cf. Cortesão 1970: 173). Eça de Queirós conformaría, en el fin de su vida, una cultura hagiográfica libresca de procedencia variada: desde las *Vitae Patrum*, a la *Leyenda dorada* de Jacobo de Vorágine, pasando por el Ribadeneyra o los omnipresentes bolandistas; un conjunto que, como podemos comprobar por las fuentes citadas en el *Dicionário de Milagres*, abarca periodos, lenguas o metodologías distintas e incluso contradictorias: muestra innegable de su interés por el contenido narrativo básico y no tanto por la solvencia estética y aún menos por la verosimilitud histórica o por el contenido doctrinal.

Cuando Eça de Queirós empieza a escribir sus *Lendas de Santos* es un hombre ya familiarizado con el género. La elección de los tres santos es suficientemente significativa respecto a lo dicho anteriormente: San Cristóbal y San Onofre son dos *grandes santos* y emblemáticos en el sentido más literal del término, es decir que representan a la manera de un emblema algo abstracto, un símbolo. Cristóbal es un santo de una iconografía muy popular: el gigante que lleva a hombros al niño Jesús. *Cristo pheros*, aquel que lleva a Dios en su corazón, ha acabado siendo aquel que lo trae literalmente en sus hombros. Onofre es el eremita más sufrido y peludo entre los tan sufridos y peludos santos de la soledad del desierto. Como tal vez ningún otro eremita, Onofre representa el menosprecio por lo mundano, su locura por Cristo. El carácter eminentemente legendario de estos dos santos ha desarrollado una cantidad de versiones y una incorporación muy significativa de extrapolaciones y/o de elementos maravillosos a donde recurre frecuentemente este género. El hagiógrafo, en este caso Eça de Queirós, se encuentra con un abanico enorme de posibilidades en el momento de (re)escribir la vida de estos dos santos, de los cuales sólo nos ha quedado fijado su emblema.

La vida de fray Gil merecería un comentario aparte. La elección de un santo local, exclusivo del legendario portugués, lo aleja significativamente de los otros dos *grandes santos*. No lo podemos identificar con una representación iconográfica tan emblemática como San Cristóbal o San Onofre, aunque el esquema narrativo elemental sea el fáustico, sin duda uno de los más recurrentes de la tradición occidental. En este sentido, sería imprescindible contrastar más detenidamente como posible fuente erudita la monografía de Ernest Faligan, *Histoire de la légende de Faust* (Paris, 1888), cuya publicación coincide con la etapa de elaboración de *São Frei*